

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, junio 1.º de 1917

CLAUSTRO DEL COLEGIO

ADICION

En la relación del claustro publicada en nuestro número anterior, se omitieron involuntariamente, entre los colegiales, los nombres de los señores

DON ARISTIDES RODRÍGUEZ y

DON EDUARDO ZULETA ANGEL,

bachilleres en filosofía y letras.

Las Campanas de la Ascensión

(AL BENDECIRSE LAS DE LA IGLESIA DE
CHAPINERO)

Se ha elegido la fiesta de la Ascensión del Señor para bendecir y colocar en su sitio las campanas de esta iglesia, levantada por la piedad de los fieles, testigo indeficiente del amor que el pueblo colombiano profesa a la Inmaculada Virgen María, madre de Dios. ¡Qué día tan bello es este!

Cuarenta hace que el Salvador salió glorioso del sepulcro, vencedor de la muerte y del infierno. Ha dispuesto morar con sus discípulos este breve plazo, para convencerlos de su resurrección, y acabar de instruirlos en las verdades evangélicas. No ha vivido con ellos sin interrupción, sino que ha querido aparecerse aquí y allí, según los designios de su sabiduría. Mostróse primero que a nadie a la Virgen María su madre, no para confirmarla en la fe, que no era preciso, sino para consolarla y darnos aun después de resucitado ejemplos de piedad filial. Se dejó ver en seguida de Pedro y Magdalena, para enseñarnos cuánto ama a los pecadores arrepentidos; de Juan, para recompensarle la pureza y la constancia en acompañarle en el Calvario; de los discípulos de Emaús a fin de abrirles el sentido de la Escritura y darles la sagrada eucaristía; apareció varias ocasiones e instruyó a todos los apóstoles; dejó que Tomás le tocara las heridas de los clavos y le introdujese la mano en la herida del costado, y le arrancó al discípulo incrédulo la confesión de su divinidad: *Dominus meus, et Deus meus!* Ha llegado ya el día de que el Señor Jesús complete su glorioso triunfo.

Hoy, desde que apuntó el alba, los apóstoles, recién venidos de Galilea, están reunidos en el cenáculo. El Señor llega a comer con ellos por última vez, como prenda de cariño paternal y de amistad ternísima; háblales largamente del reino de Dios, es decir de la Iglesia católica que

en breve va a constituirse de un modo definitivo. «No os ausentéis, les dice, de Jerusalén, sino aguardad el cumplimiento de la promesa del Padre, la cual oísteis de mi boca, y es que Juan bautizó con el agua, mas vosotros habéis de ser bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días.» «Señor, preguntan los discípulos, si será este el tiempo en que has de restituir el reino a Israel?» «No os corresponde a vosotros, replica el Salvador, el saber los tiempos y momentos que tiene el Padre reservados a su poder; recibiréis, sí, la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y me serviréis de testigos en Jerusalén y en toda la Judea y Samaria y hasta el cabo del mundo.» En el curso de esta y otras pláticas, el Señor se ha levantado de la mesa; y dicho el himno de acción de gracias, ha salido, entre la turba de ciento y veinte discípulos que le rodean. Atraviesan la ciudad entera, toman la salida para Betania, tuercen a la derecha, pasan el torrente Cedrón, tocan los linderos del huerto de Getsemaní, y suben al monte de los Olivos, el más alto de los que rodean a Jerusalén del lado de oriente, y llegan a la más elevada de las tres cimas que coronan la altura.

¡Qué sitio aquel para la Ascensión! Vueltos de cara a la ciudad, ven a sus pies en el recuesto de la pendiente el jardín donde sudó sangre y se humilló el Salvador hasta la muerte; abajo el valle de Josafat, a donde vendrá de

nuevo a juzgar a todos los hombres; más lejos, al otro lado del Cedrón, la ciudad deicida que va a contemplar la glorificación del Mesías a quien clavó en la cruz; y en último término, al poniente, la colina santísima del Calvario. A la derecha, columbran, medio escondidas entre muelles y olivos, las blancas casas de Betania, donde mora la familia amiga de Jesús; y a la izquierda, el monte del Escándalo donde se ahorcó el discípulo traidor. Volviendo la vista, alcanzan a ver, detrás de las montañas, y hacia el mediodía, una parte de las aguas estancadas y de las desoladas riberas del mar muerto, monumento eterno de la justicia y de la cólera divinas.

Como la víspera de su pasión, Nuestro Señor, discurre con sus discípulos, para despedirse de ellos; como entonces, sus palabras rebosan amor y ternura; a diferencia de aquella ocasión, no respiran sus expresiones tristeza, sino paz y celestial alegría. «Id, les dice, por todo el mundo, predicad el evangelio a todas las criaturas. El que creyere y se bautizare se salvará; pero el que no creyere, será condenado. A los que creyeren acompañarán estos milagros. En mi nombre lanzarán los demonios, hablarán nuevas lenguas, manosearán las serpientes, y si algún licor venenoso bebieren, no les hará daño; pondrán las manos sobre los enfermos y quedarán éstos curados.» Levanta los brazos en alto, bendice a su Madre santísima y a los discípulos que se apiñan en derredor, y principia a elevarse lenta y majestuosamente en el espacio.

¿Cómo te ausentas de los tuyos, dulcísimo Maestro? ¿Se deja así a quien se ama? Cuatro mil años te estuvimos aguardando, y ¿sólo tres disfrutaremos de tus divinas enseñanzas? Tanto como te lloramos muerto, ¿y tan presto hemos de perderte nuevamente? ¿Qué haremos tan huérfanos y solos? Para quien vio tu rostro, escuchó tus palabras, gozó de tus caricias, ¿qué son todas las bellezas, y todas las suavidades y todas las dulzuras del mundo?

Pero qué digo. No es hoy fiesta de lágrimas sino de regocijo. *Sursum corda*. Demos cabida en el corazón a más levantados pensamientos. Hoy se consuma la victoria del Redentor; hoy asciende a sentarse a la diestra de Dios Padre. Pueda más en nuestro ánimo la gloria del Señor que nuestros propios intereses. Mas ¿acaso no sube Jesús al cielo para provecho nuestro? Va a interceder sin cesar por nosotros con el Eterno Padre; va a prepararnos un lugar en su reino; va a introducir al cielo las almas de los justos, detenidos por siglos enteros en el Limbo; a enviarnos dentro de breve plazo al Espíritu Santo.

Y ¡oh maravilla de amor! Se va al paraíso y se queda con nosotros; pártete a esperarnos allá y permanece para acompañarnos aquí. En la custodia lo vemos tan vivo como lo contemplaron los apóstoles en la Ascensión, tan glorioso como a la diestra de Dios, tan amante como siempre y en todas partes. Aquí os habla por

medio de su Iglesia y de los vivos llamamientos de su gracia; y en la comunión le tenéis más cerca de vosotros que lo tuvo San Juan cuando se durmió sobre el divino corazón la noche de la última cena.

Volvamos al monte Olivete. El Salvador ha ido subiendo lentamente: ya los discípulos no lo alcanzan a ver sino como un punto en el claro y despejado azul de aquel cielo de primavera. Los ojos y los corazones le siguen aún; una nubecilla blanca y dorada que anda como perdida en el firmamento limpio de vapores, pasa por delante del Señor, y lo oculta por completo a la vista. Aún tratan de sondear el espacio con las miradas en busca del amado, cuando aparecen cerca de ellos dos ángeles con vestiduras blancas, los cuales les dicen: «Varones de Galilea, ¿por qué estáis mirando al cielo? este Jesús que separándose de vosotros se ha subido a la gloria, vendrá de la misma suerte que le acabáis de ver subir allá.» Regresaron todos a Jerusalén, y perseveraban animados de un mismo espíritu, en oración, con María, la madre de Jesús.

Ascendió Cristo y se asentó a la diestra de Dios Padre y principió a reinar sobre el universo con gloria soberana e inmarcescible. De ella dan testimonio trescientos millones de creyentes esparcidos por la redondez del planeta, y la testifica también el odio de los enemigos. No se aborrece a los muertos, la posteridad no se ensaña contra los vencidos, no se hace guerra a

los personajes de la historia. Pregonan la eterna victoria del Maestro las predicaciones de los apóstoles, la sangre de los mártires, la blancura espiritual de las vírgenes, la ciencia de los doctores, la infalibilidad de los sucesores de Pedro. La cruz, antes signo de infamia, preside los hogares, remata las coronas de los reyes, premia las hazañas del soldado, y en la plaza de San Pedro termina el obelisco de Sixto V, monumento de una civilización antiquísima y se eleva sobre la cúpula de Miguel Angel, la obra mayor del arte arquitectónico en las edades modernas. Y el imperio pacífico del Maestro celestial es pregonado también por las campanas.

¡Cómo las ama la santa madre Iglesia, y con qué prolijas y tiernas ceremonias las adopta y santifica! Después de lavarlas con agua bendecida, de ungirlas como a los cristianos y a los sacerdotes con el óleo santo, de consagrarlas con el crisma como a los pontífices y los reyes, pide el obispo para ellas dádivas sobrenaturales y les canta subidas alabanzas en un magnífico preconio, para alzarlas después a los aires, a fin de que las oigan los habitantes de la tierra y alcancen a escucharlas desde sus tronos los ángeles del cielo.

No es la campana un cuerpo inerte, como los sillares del templo, ni es un simple bloque de metales fundidos, porque ella habla, llama, advierte y amenaza, consuela y regocija, canta y ríe, solloza y se lamenta. Cada una, como

sucede con las gargantas humanas, tiene su timbre propio, conocido y amado de los cristianos fervorosos. Si me hallase yo, solo y desterrado, en una isla de Oceanía y percibiera por milagro el preludio con que la campana mayor de la catedral bogotana principia el repique de Corpus, lo reconocería sin vacilar, sintiendo un vuelco en el corazón y llenándoseme de lágrimas los ojos, como si hubiera oído a mi madre llamarme con mi propio nombre.

La campana vive, pero no de un principio intrínseco e inmanente, constitutivo de su sér, sino de la vida que le presta la fe, del movimiento que le imprime la esperanza, de los ardores que le infunde la caridad. El tañer de los bronces sagrados es la voz de Dios que nos instiga al cumplimiento del deber; el silbo armonioso de nuestro Pastor Jesús, para convocar sus ovejas en torno al sagrario donde mora; la sonrisa y el ademán halagador de la noble matrona, veinte veces secular y siempre joven, nacida del corazón de Cristo, que congrega en el regazo a sus netezuelos para instruirlos en las verdades sublimes del catecismo cristiano; es el himno de la Iglesia en reconocimiento de sus victorias, tantas como los días de su existencia; es también el llanto y los gemidos muchos de Raquel a la muerte de sus hijos.

Huyamos de la asfixiante vida ciudadana y vámonos con el pensamiento al campo en una mañana de verano, cuando ya el sol ha disipado

la niebla que se refugia hecha jirones en los picachos de los montes vecinos. A través de dehesas y plantíos, por entre árboles y chozas serpean, suben, bajan por las faldas, caracolean en el llano innumerables senderos que van todos a convergir ante la puerta de la iglesia, como las almas buenas, por diversos caminos llegan a Dios, que es su centro. Por todas aquellas veredas vienen numerosos grupos de gentes vestidas con sus mejores galas. De pronto suena el primer repique con que las campanas de la iglesia invitan a misa parroquial, y los jóvenes sonríen y apresuran el paso, se iluminan las caritas infantiles, se desarrugan los rostros de los ancianos. Con razón, porque van a la casa de Dios vivo, de Dios hecho hombre, el del pesebre, el taller y el Calvario, el amigo de los pobres y los niños, el consolador de los afligidos, amparo de pecadores. Van a la única parte donde prácticamente todos los hombres son iguales, porque halla cada uno lugar en la amplia nave, se acercan juntos al banquete de la eucaristía, oyen una misma doctrina, reciben los propios consuelos y esperanzas.

Por lo contrario, ¡cuán sublimemente melancólico es el doble incesante de todas las campanas de la ciudad, la víspera de la Conmemoración de los difuntos, en tarde opaca e inverniza, entre el golpear de la lluvia y el rezongar de los truenos lejanos! Es la voz con que la Iglesia refresca en nosotros la memoria de los que fue-

ron nuestros amigos y parientes en la tierra y serán nuestros compañeros en el paraíso; nos hace pensar en la muerte, que es la mejor consejera de la vida; nos exhorta, con San Pablo, a usar agradecidos los bienes temporales, sin apegarles el corazón, porque pasa la figura de este mundo.

¡Oh místicas campanas, que os regocijáis por mi bautismo, me llamábais afanosas al pie del altar el día de mi primera comunión, os echásteis a vuelo cuando Jesús descendió a mis manos por vez primera, y dentro de pocos años seréis las únicas que me lloren, cuando quitado de la vista me haya ido también de la memoria! ¡Oh místicas campanas, hermanas cariñosas y fidelísimas amigas de mi niñez y de mi juventud, yo os amo y os bendigo!

Estas que van a ser elevadas en breve a las alturas serán heraldos del triunfo de Jesucristo Redentor, pregoneras de las excelencias de María; llevarán al cielo vuestros votos y súplicas y harán descender sobre vosotros y vuestras familias, sobre la católica Colombia, sobre la Iglesia entera la plenitud de los favores divinos.

Mayo 17 de 1917.

R. M. CARRASQUILLA



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico